



tuales y filosóficas, más y más signifique en ella la belleza natural y la pureza nativa, á la cual obedecen las artificiosas combinaciones y todo lo que entre los griegos y romanos y los modernos pueblos es de una belleza convencional. Seguramente que la belleza solamente de la forma no se encuentra en ninguna parte en la lengua y literatura hebrea, pero sí unida con la sublimidad, verdad y profundidad de la cosa pintada ó descrita, con los afectos verdaderos y profundos del ánimo, con el amor patrio y religioso. Este carácter, esencialmente de naturaleza ó naturalístico, si así podemos llamarle, constituye el carácter de la lengua y del pueblo hebreo, el defecto de las letras vocales, los verbos hebreos conteniendo solamente dos tiempos, la escasez de adjetivos, la fácil permutación de las letras, principalmente de las guturales, que son muy abundantes; además las pocas partículas que contiene, y por consiguiente tienen muchos significados; la afinidad del idioma con el arameo y el arábigo, que ciertamente eran muy conocidos de los primeros hebreos (1); el fácil uso, por tanto, de estos idiomas vecinos, según los eruditos, que, ó por necesidad ó voluntariamente podían añadir vocablos y formas extrañas; todas estas cosas y otras muchas semejantes explican las dificultades y anomalías que ocurren en la Biblia y molestan á los que ignoran estas cosas, singularmente si precede una mala voluntad de impugnar la Sagrada Biblia ó moñarse de ella. Dejaremos de tratar de esta materia, más propia de las instituciones gramaticales, y sólo diremos algo de los idiotismos griegos. De lo dicho basta para probar que las razones lingüísticas no siempre son demostrativas en la crítica, aunque no sean de poco peso y tengan verdadero fundamento en la diversidad del idioma, más puro antes de la cautividad de Babilonia y lleno de muchos aramaismos hacia los tiempos de la misma cautividad, y después, cuando la lengua hebrea dejó de ser vulgar; no es, sin embargo, tan claro y evidente para que, apoyado en este único argumento, pueda cualquiera deducir nada acerca de la edad de algún libro, su autor y otras cosas á este tenor, contra la historia vulgar y la manifiesta y constante tradición de los judíos y cristianos (2).

Es inconveniente é impropio determinar, según las reglas clásicas, los géneros literarios que aparecen en la Biblia y que ciertamente no aminoran la sublimidad y excelencia de los Sagrados Libros, del mismo modo que si alguno quisiera sujetar á las reglas de la arquitectura griega y á la retórica de Aristóteles ó de Quintiliano las pagodas de los indios y sus grandes poemas, ó las catedrales góticas y las bellísimas leyendas de los antiguos medos.

En estas materias no debe emplearse la retórica para juzgarlas, sino más bien de la estética más profunda y verdadera, la cual no coloca la verdadera belleza solamente en la forma, sino que la busca en el conjunto del

(1) 4. Reg. XVIII, 26.

(2) Lect. V, núm. 691, y acerca de la lengua del Nuevo Testamento, id. núm. 692.

asunto, del autor, del libro, del pueblo á quien está destinado, de la civilización por la que fué inspirado; enseña la forma que debe ser acomodada á todas estas, no de otra manera. Transcribimos á continuación, por cuanto se refiere á este asunto y le da mayor solidez, el concepto del célebre orientalista Jones: la Biblia de los hebreos, contiene «más elocuencia, verdades históricas, doctrina moral, riquezas poéticas, más bellezas de todo género que todo lo que puede deducirse de todos los libros confeccionados por todos los pueblos y en todos los siglos.» Todo libro, cualquiera que sea su clase, de la literatura hebrea tiene este carácter peculiar; á saber, que en ninguna parte seguramente se ejecuta por mero deleite ó como simple ejercicio literario; nunca se halagan las malas pasiones de los hombres, en ningún punto se refieren los crímenes y los hechos depravados sin condenarlos; pero se detiene muy principalmente en las cosas que se refieren á la religión y á la patria y en todas partes excita al bien y aparta del mal; por estos motivos habían podido ser eficaces y oportunos, atendidas las circunstancias de la época y del pueblo. Dicho esto, se deduce ya que no ha de buscarse en la Biblia cierto género especial literario acomodado á los diversos géneros clásicos, aunque por cierta semejanza pudiera designarse con algunos de estos. Porque las historias del pueblo hebreo que se refieren en la Biblia, y aun de todo el género humano, van mezcladas con las instituciones religiosas, políticas y domésticas, colocadas en los cánticos ó en la más bella poesía, juntamente con la más simple narración de un acontecimiento quizás doméstico en las descripciones de los lugares y de las costumbres, hechas sin ningún arte, y por de tal modo llenos de verdad, valentía y vigor, que arrebatan al lector y se considera transportado á aquella edad y colocado en medio de aquellos hombres y le obligan á ver todas las cosas con sus propios ojos y oír las con sus propios oídos. Tiene idilios con los cuales no puede compararse ningún otro de toda la literatura, ya describiendo con los más vivos colores los más íntimos afectos del corazón, como el *Cantar de los Cantares*, ya exponiendo la historia tiernísima, sincera y por todas partes bellísima, de una mujer del pueblo, como Rith. Tiene poemas históricos-didácticos y filosóficos, como Job, los Proverbios, etc.; líricos, como los salmos y los cánticos, que exceden á todos en inspiración religiosa y muchas veces patriótica; finalmente, es peculiar el género profético, que sólo se encuentra en un solo libro, cuya belleza y sublimidad son perfectas, y no deja aun hoy de inspirar á los oradores y á los poetas cristianos vehementísimos afectos, expresiones magníficas y el arte más profundo de mover los corazones de los hombres.

FORMA EXTERNA DE LA POESÍA HEBREA: DESCRIPCIÓN HISTÓRICA DE LA MISMA.—Por lo que respecta á la forma externa de la poesía hebrea, no consta de versos completos con cierto número de pies y dispuestos con cierto orden, como sucede con la poesía griega y latina, ni tampoco de cierto número de sílabas y con



igual ó parecido sonido en el vocablo final (consonante ó asonante), como en la española; la disposición peculiar de los conceptos es tal, que no los retrata en una sola proposición, sino en varios fragmentos de la misma, en sentido y forma de mútua respuesta, y constituyendo el verso como si fuera un fragmento de una composición poética. Así el pensamiento *estoy oprimido por muchas calamidades*, se expresa tres veces de este modo (1):

Esta disposición de los conceptos, sucediéndose en este orden, se llama *paralelismo*, que no siempre es perfecto, sino que a guisa vez se desprecia, y la expresión poética se aproxima á la prosa. El *paralelismo* puede ser *sinónimo*, como *litan*, si cae la uno de los fragmentos del mismo concepto significan casi lo mismo, como en el lugar citado y en muchísimos más, v. g., ps. CXIII, 1-8; *antitélico* si representan lo contrario, v. g., (2); (3) *analítico*, cuando se explica el concepto por la enumeración de las partes, v. g., (4); *sinlélico*, cuando se completa el pensamiento en el segundo fragmento ó da la razón de él, v. g., (5); *comparativo* si se explica el concepto por medio de una comparación, v. g., (6); (7). Por lo demás, no siempre los fragmentos poéticos de algún concepto se corresponden inmediatamente, sino que alguna vez alternan el primero con el tercero y el segundo con el cuarto (8), ó de los cinco miembros de que conste, los dos primeros son paralelos con los dos últimos y el del medio es desigual (9), ó los cuatro primeros se corresponden y el quinto es desigual (10); de donde se dan clases de estrofas de 3-7 miembros, que también algunas veces principian y concluyen con una sentencia proverbial (11); también se encuentra en estas estrofas cierto ritmo ó cadencia semejante (12); alguna vez también buscaban la paronomasia y el lujo de las palabras, que no suelen atormentar igualmente á los intérpretes (13) (a).

Muchísimas veces se da el *paralelismo sintético* que mantiene en la sucesión de los períodos la analogía y la forma de la construcción que guardan los vocablos, no en la cosa significada: esto es más común en los profetas, y de este modo los períodos son breves y rápidos en el estilo más sublime, largos y lángui-

(1) Ps., LXIV, 3, 4.

(2) Is., XXXI, 3.

(3) Luc., I, 52, 53.

(4) Eccl., XLV, 6; ps. LXXIII, 12, 17.

(5) Ps., L, 1, 9; III, 6.

(6) Prov., X, 26.

(7) Deut., XXXII, 2.

(8) Ps., XXXII, 13, 14.

(9) Is., XXXI, 4.

(10) Prov., XXX, 4; Cant. III, 10; Ps. X, 4, etc.

(11) Ps., XLI, 6, 12; Is. IX, 12, 17, 21.

(12) Jud., XIV, 18; Is. XXVI, 20, 21; XL, 24; Zach. XI, 1.

(13) Is., XXVIII, 10, 13.

(a) El difícil pasaje de Jud., v. 2, se explicará quizá por este lujo de palabras.

Apenas también se encuentran dos intérpretes del texto hebreo que convengan en la determinación de su sentido. Pero, si se atiende á la victoria de que habla el texto y que fué un suceso extraordinario por la

dos donde el estilo de los profetas tiene sabor prosáico. Finalmente, la poesía hebrea, como las demás, se diferencia de la prosa así por los conceptos llenos de vida y energía, por la alegre expresión de ellos, la elección de palabras, el uso de arcaísmos, las imágenes más atrevidas y las figuras de dición y otras á este tenor, que distinguen enteramente los libros poéticos de los históricos, aunque la variedad y libertad con que usaban los hebreos de todas estas, permitiría una más fácil transición de la prosa á la poesía; de donde los mismos historiadores suelen emplear fácilmente el estilo poético, cuando al narrar los sucesos raciocinan y hacen consideraciones por su propio ingenio sugeridas.

De esta índole de la poesía hebrea, consistente en la expresión de los más vivos é íntimos afectos del corazón, más que en la artificiosa colocación de las palabras, fácilmente se desprende que también pudo ser cultivada muy bien por los hombres más antiguos, como efectivamente se hizo. Se encuentra ya un fragmento poético antes del diluvio en las palabras de Lamech á sus mujeres (1); después en la maldición de Can por su padre Noé (2), en el lenguaje que Isaac y Jacob emplearon al presagiar á sus hijos los acontecimientos felices (3). Después Moisés compuso bellísimos y sublimes versos, Balaam predijo el porvenir, Débora celebró la victoria, Joathan inventó el primer apólogo que aun hoy se conozca (4), Sanson propuso enigmas (5) y cantó su victoria en un epigrama (6), la madre de Samuel dijo un cántico (7). David elevó la poesía lírica en todos sus grados al grado más sublime, á quien después Salomón y otros muchos imitaron y cultivaron otros géneros poéticos, principalmente el didáctico y el profético, y por último, el elegiaco, cultivado por Jeremías singularmente en las lamentaciones.

Ciencias históricas, matemáticas y cosmo-gráficas.

Las páginas de la Sagrada Biblia, que en su mayor parte son historias, nos demuestra que los hebreos cultivaron las ciencias históricas; y ciertamente que la historia universal de

principal intervención de las mujeres, se encuentra, á la vez que una agradable paronomasia, la alusión al extraordinario suceso y poética descripción de Débora y de Jael, las cuales se describen con los cabellos entregados al viento en la batalla contra los enemigos de Israel. Podemos, pues, interpretar: *In solvendo comas in Israel, in populo sponte sequendo* (ductrices feminas), *benedicite Dominum*. Load al Señor en el flotar de las cabelleras de Israel, en el seguimiento espontáneo del pueblo.

Otro pasaje semejante es el cántico de Sanson, en el que se celebra la victoria obtenida por este, de mil filisteos con una quijada de asno.

(1) Gen., IV, 23, 24.

(2) Id., IX, 25, 27.

(3) Id., XXVII, 27, 29, 39, 40 y todo el capítulo 49.

(4) Jud., IX, 7, 20.

(5) Id., XIV, 14.

(6) Id., XV, 16.

(7) 1. Reg. II, 1, 10.



los primeros tiempos y del origen de todas las cosas solamente aquí se encuentra, con tal verdad, sinceridad y evidencia, que alumbrando á todas las narraciones antiguas de todos los pueblos fluctuantes entre la historia, la cosmogonía, la filosofía y la mitología, reciben no sólo luz, sino la explicación, como que son á manera de rudimentos de la primera historia de los hombres y de la tradición, casi olvidadas con el trascurso del tiempo ó manchadas y contaminadas con las invenciones humanas. Y no la faltan las dos lumbreras de la historia, la *geografía* y la *cronología*, aunque no estén tratadas expresamente y con toda amplitud, de donde no nacen pequeñas dificultades y controversias, principalmente si se busca la conformidad de los sucesos y tiempos de la historia bíblica con las historias profanas, que unas veces se valen de otros nombres propios, sistemas cronológicos, nociones topográficas y geográficas. Esta sinceridad de la historia bíblica, por la cual excede enormemente al intrincado farrago de la antigua historia mitológica de todos los pueblos, procede en gran parte de la afición de los antiguos hebreos en escribir y conservar las genealogías de las familias, lo cual es conocidísimo y consta por la misma Biblia, y aun hoy se observa esta costumbre entre los árabes y los pueblos nómadas. Acomoda la índole de la exposición sumamente concisa y biográfica, narrando solamente los hechos principales ó las cosas políticas y religiosas del pueblo hebreo y de los pueblos vecinos, en cuanto tuvieron algunas relaciones con el hebreo.

Por último, fué costumbre entre los israelitas consignar por escrito los sucesos nacionales y guardarlos en archivos públicos, anotados principalmente por los sacerdotes y profetas, que despues fueron consultados y en su mayor parte descritos por los autores de libros históricos, como puede fácilmente demostrarse por las muchas citas y otros signos que á cada paso se encuentran. En los escritos de genealogía daban muchas veces incompleta la serie de los acontecimientos, porque algunas habían desaparecido de la memoria de los antiguos monumentos; de lo que cuidaban mucho era de no omitir los ascendientes esclarecidos, para que apareciese siempre clara y evidente la primera estirpe.

La aritmética y otras ciencias matemáticas apenas debieron ser cultivadas fuera de lo más indispensable para la vida, en su mayor simplicidad, pues no queda ningún monumento que indique un progreso grande en ellas. Lo mismo casi puede decirse de la astronomía, sin que, sin embargo, falten indicios del conocimiento no poco apreciable de este arte en los antiguos patriarcas, ni acaso son de todo punto fabulosas las narraciones del libro de Enoch (por otra parte, apócrifo), según las cuales este patriarca se ocupó el primero de la astronomía; lo mismo parece confirmarse por las historias chinas. Pero si no se sabe y es dudoso que cultivasen científicamente la astronomía en aquellos remotísimos tiempos, debieron existir principios prácticos y fórmulas admirables para dividir las revoluciones de los tiempos, las cua-

les usaban los primitivos pueblos, cuyos principios y fórmulas adquirirían por una larga experiencia, favorecida en gran parte por la larguísima vida de los hombres por las llanuras del Asia y la índole de la vida campestre; en cuanto á lo demás, hay que acudir á la revelación primitiva, de la cual se ha olvidado la posteridad, y apenas conservaron algunas fórmulas empíricas; como el que aprendiese á dar cuerda al reloj, y sin embargo ignorase completamente su estructura.

Los sistemas cosmográficos no aparecen en la Biblia, á no ser en el modo de hablar acomodado á las nociones vulgares del pueblo. De aquí que sea falso asegurar que tal ó cual sistema cosmográfico se funda en la Escritura, la cual en ningún caso quiso enseñar á los hombres estas materias, sino las morales y religiosas, y la historia del pueblo íntimamente unida con la historia de la revelación.

Si alguna vez, por lo tanto, aparece lo contrario, es, ó por el modo de hablar vulgar, como cuando nosotros, que admitimos el movimiento de la tierra y la estabilidad del sol, decimos que este sale y que da vuelta, ó por la expresión poética, en razón á la cual se explica el concepto, según las ideas recibidas del pueblo ó inventadas en uso de la libertad poética.

Empero los Santos Padres y escritores eclesiásticos atribuyeron á los sagrados libros ciertas nociones cosmográficas, pero las interpretaron según las expresiones de los filósofos y sabios de su tiempo, las cuales, como á primera vista les pareciesen confirmadas en la Biblia, las recibieron como verdades naturales y no sujetas á duda alguna, como se hace siempre que se trata de la explicación de un fenómeno por ninguna razón combatida. Esto, sin embargo, no llegó hasta el extremo que fingien ó imaginan los adversarios, y no sólo el *Cardenal Cusano*, sino que *Copérnico* (cuya obra fué dedicada al Rdo. Padre), varones católicos fueron é individuos del clero los que, sin embargo, desecharon las tradiciones cosmográficas vulgares, según hicieron despues otros muchos. Y si otra cosa pensó Galileo, más bien debe atribuirse á su temeridad en interpretar violentamente la Escritura, el cual sufrió las persecuciones que exageran los mal intencionados é ignorantes de las circunstancias de la época. En una palabra: la divina Escritura ha de ser interpretada por el infalible juicio de la Iglesia, y en este sentido considerada, no enseña absolutamente ningún sistema cosmográfico.

Si uno ú otro particularmente viese en ella hoy sus propias teorías y lo defiende por su propia autoridad, él mismo solamente las ve, sin que á nadie pueda contradecir su autoridad; mas de estas opiniones no puede argüirse á la Escritura, sino solamente de las que ella misma enseña, y que constan como auténticas para nosotros por la interpretación de la Iglesia. Por lo demás, siendo muy frecuentes las locuciones que aluden á las cosmografías populares, no será fuera de propósito el indicar algo sobre el particular para que no se violente el sentido literal, cuando no falta quien



quiera acomodar estas locuciones á las reglas del moderno sistema, y para que no se tome como doctrina verdaderamente revelada la que no pasa de ser una locución vulgar; así obraron algunos Padres y muchos intérpretes, adhiriéndose al sentido liberal cuando no había razón para obrar de otro modo.

Ante todo, hay algunas de ellas que verdaderamente enseña la Escritura, á saber: la creación de todo el mundo, hecha por Dios de la nada mediante su divina voluntad, y el régimen con que fueron ordenadas en el espacio de seis días, despues de la creación de la materia cósmica. Sobre esto ocurren dos observaciones: 1.^a, que la verdadera historia, expuesta en términos vulgares, está contenida aquí, donde únicamente debe estar limitada, y por tanto, no debe ser explicada sin regla alguna por cualquier otro vocablo, siendo inútil que los físicos y astrónomos traten de entenderla; 2.^a, que las palabras empleadas para explicar esta materia están en consonancia y guardan relación con las usadas por los primeros hombres, y con las relaciones de ellos fácilmente evidentes, que no excluyan á las restantes, y por esto se cuentan solamente seis períodos ó días, aun cuando hayan sido muchos, pero se describen los principales; y todo esto ciertamente se dice que fué creado con este orden que nos enseña la geología.

Con cuyo sentido, aunque no llamemos á Moisés geólogo, afirmamos que él mismo conviene con la geología, lo que hasta aquí nadie ha demostrado que sea falso; cada uno comprende fácilmente que aun fué necesario, á no ser que por inspiración hablase la verdad, tanto más cuanto que las demás cosmogonías de los pueblos abundan por todas partes en absurdos, así como también las opiniones de los antiguos filósofos, y quizá de los modernos. Mas de qué modo entendiese el pueblo, todo esto se recoge probablemente del uso común de hablar de las Escrituras, excepción hecha del dogma de la creación con sus consecuencias morales y religiosas. Así, pues, admitían tres cielos: el *aire* (1), el *firmamento* (2) y el tercer cielo (*a*), que es el último la morada de Dios. El sol y la luna se pirtan por el poeta, como capaces de razón, á una con las estrellas: todas conocen su curso, se mueven como ejércitos ordenados, alaban á Dios, y principalmente el sol, *que puso en el cielo su morada*, y como soberbio gigante recorre todo el cielo girando por el Mediodía,

(1) Gen., I, 26, 28; II, 19, etc.

(2) Gen., I, 7, 8.

(a) La palabra *expansum*, división entre aguas y aguas, probablemente puede significar (Gen., I, 4, 7, 8) la parte superior de la atmósfera bajo la cual se agitan las aves y se forman las nubes de los vapores acuosos contenidas en toda la atmósfera, colocada sobre la tierra á manera de techo que la cubría. Por tanto, las diversas indicaciones que se hacen en la Biblia del cielo ó de *diversos cielos* puede defenderse por ser estas locuciones vulgares entre los hebreos, como lo son aun entre nosotros; tampoco las distintas locuciones poéticas y opiniones vulgares puede decirse que afirman nada positivo acerca de la estructura metálica y sólida de los cielos.

vuelve al Norte, lo que despues se presenta oscuro y embrollado, y creemos que lo dicho se haría oscuro y embrollado por la opinión de los antiguos. Se presentan todos los fenómenos de la naturaleza como producidos inmediatamente por Dios, como la lluvia, el viento, el granizo y el trueno, llamado elocuentemente *voz de Dios* (1), los rayos, llamados *saetas de Dios* (2), la niebla, *polvo de los pies de Dios* (3); también se encuentran en los sagrados libros otras muchas y bellísimas imágenes, quizá fundadas en la vulgar opinión del pueblo. A la tierra á veces se la considera como suspendida en el espacio vacío (4), ó más comunmente sobrenadando en las aguas; pero esto solamente es de la tierra habitable (5), ó colocada sobre no sé qué cimientos (6), en cuyos lugares parece como que se alude rectamente á cierta cosa admirable é incomprendible; muchas veces, finalmente, se habla de las columnas del cielo (como si fuera una bóveda, que así se entiende vulgarmente), apoyadas en la tierra, y de aquí la locución referente á los solidísimos cimientos de la tierra, cuyos cimientos tiemblan y se conmueven con la mirada de Dios. En el centro de ella está el infierno, donde gimen los gigantes y los hombres perversos (7); tiene también otro lugar para recibir las almas de los justos (8), cuyos lugares se denominan en hebreo *lugar profundo, cavidad*, completamente independientes é incomunicados (9). Por último, la tierra, como parece de figura cuadrilonga, se la cree inmóvil con el cielo, de donde se toman varias imágenes y figuras para denotar lo inmutable y perpetuo. La tierra habitable, ó *árida*, fluctuando sobre las aguas del mar, es detenida por la mano de Dios para que no ande errante, y está rodeada por un grande abismo, el cual tiene límites también por ambas partes; la otra tierra, inhabitable, es donde se asientan las columnas del cielo, y, según sentir de algunos, es la morada de las almas de los felices (10). El mar era el límite de la tierra, y más allá de él á nadie era permitido habitar (11); desde allí traían su nacimiento las fuentes y los ríos (12), lo cual se atribuye á la divina sabiduría no sin motivo, y mucho más cuando por la misma ciencia moderna así puede inferirse, la cual admira el equilibrio del mar, producido por la evaporación, compensando así las aguas que á él afluyen, despues de haber atendido á la vida de las plantas y á las necesidades de los animales. Llamaban islas á todas las regiones que solían frecuentarse

(1) Job., XXXVII, 1.

(2) Deut., XXXII, 23; Ps., LXXVI, 19.

(3) Nah., I, 3.

(4) Job., XXVI, 7; Is., XL, 12.

(5) Ps., XXIII, 2; CXXXV, 6.

(6) Job., XXXVIII, 4, 5; Prov., VIII, 29; Is., XL, 21.

(7) Job., XXVI, 5; Is., XIV, 9.

(8) Luc., XVI, 22, 23.

(9) Luc., ib., 26.

(10) Job., XXVI, 11; Prov., VIII, 29; Ps., XXXII, 7; Jer., V, 22, etc.

(11) Ps., LXXI, 8; CLXXXVIII, 9.

(12) Eccl., I, 7; Prov., III, 20; Gen., XLIX, 25, etcétera.